

# XX2

## Alfonso Orejel

¿DE DÓNDE SALDRÁN TANTAS ESTRELLAS?



LA BALADA D EL HOMBRE MUERTO





¿DE DÓNDE SALDRÁN TANTAS ESTRELLAS?  
LA BALADA DEL HOMBRE MUERTO



¿De dónde saldrán tantas  
estrellas?

La balada del hombre muerto

Alfonso Orejel



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE SINALOA  
MÉXICO, 2026



Primera edición: 2026

D.R. © ALFONSO OREJEL

D.R. © UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE SINALOA  
Blvd. Miguel Tamayo Espinoza de los Monteros 2358,  
Desarrollo Urbano 3 Ríos, 80020, Culiacán de Rosales, Sinaloa  
[www.uas.edu.mx](http://www.uas.edu.mx)  
DIRECCIÓN DE EDITORIAL  
<http://editorial.uas.edu.mx>

ISBN: 978-607-737-537-1

Edición sin fines de lucro.  
Prohibida la reproducción total o parcial  
por cualquier medio sin autorización escrita  
del titular de los derechos patrimoniales.

Hecho en México

## ¿DE DÓNDE SALDRÁN TANTAS ESTRELLAS?

### UNO

No, compadre, aguántese. Usted puede. Si ya aguanta-  
mos lo más duro, que más da otro rato. ¡No se me raje!  
Ya ve que usted nunca le sacó al parche. Que le salga el  
orgullo. El mismo que le hacía sacar fuerzas de quién  
sabe dónde cuando jugábamos a ver quién llegaba pri-  
mero al muelle desde la estación vieja. ¿Se acuerda?  
Estábamos bien chamacos. No teníamos un cinco, pero  
cómo nos divertíamos. Entonces no estábamos tan  
prietos. Todavía el sol no nos quemaba la piel. Y no sa-  
líamos del agua.

Toda la chamacada se la pasaba pidiéndoles a los tu-  
ristas que visitaban Topo que aventaran un peso para  
sacarlo del fondo. Y en chinga nos zambullíamos, em-  
pujándonos o jalándonos las patas para que otros no  
ganaran la moneda. Por esa época iban muchos grin-  
gos allá. ¡Eran otros tiempos! Ahora no se paran ni las  
moscas.

Qué bueno era usted para nadar, compa. Me cae de  
a madre. Y no es por echarle flores, usted me conoce,

yo no soy un güey que le guste andarle dando piola a la gente, pero la verdad es que no había quien le ganara.

Siempre tenía más aliento que los demás para meterle el extra. Por eso le digo que aguante. Si no supiera cómo es, ni me animara a hacerlo. ¿A poco cree que se lo digo nada más por meterle candil? No, olvídese que yo lo quiera hacer pendejo. ¿Me está oyendo, compadre? No se me vaya a dormir. ¡Ey, despierte! Haga un esfuerzo. Que no le gane el sueño porque si no se lo lleva la chingada.

Hágalo por su familia. Piense en el Chuy, en la Mary, que todavía están chicos y dependen de usted. Ya ve que el morro son sus ojos. Será porque se parece tanto a usted. Hasta parece que lo cagó. Y también en el Cacho. Ya sé que le salió medio güevón, que ya no quiso ir a la escuela pero ¿qué chamaco va a la escuela con ganas ahora?

En mi caso, el Beto anda por las mismas. Por más que mi vieja lo anda carrereando para que estudie, no quiere. Yo sé que cada hijo es diferente, que hay unos buenos para el estudio y otros a los que no les entran las letras en la cabeza.

Pues si no van a ir a la escuela que se pongan las pilas y le entren al trabajo, porque dejan de estudiar pero no de comer. Ahí es donde nos tienen que meter el hombro. La carga está pesada para uno solo. La pinchi

crisis nunca pasa y ya ve cómo se pone por acá la situación cuando empieza la veda.

Y es que ahora la gente la quiere agarrar pelada. No más quieren salir al mar cuando hay puro camarón. Se van a lo fácil. ¡Qué esperanzas que se animen a andar pescando lobina o botete! Se les hace poca cosa. Lo que quieren es agarrar la mera marmaja. Por eso ya no les trae chiste ni el camarón piojo. Se malacostumbran, eso que ni qué.

Esas pinchis cooperativas los echaron a perder. Con esos adelantos que les daban se impusieron a llenarse de dinero sin hacer nada. ¿Cuándo en su vida habían tenido tantos billetes de a cien en sus manos? Se les salían los ojos contando tanto dinero. Y luego a darse vida de ricos. Como si no supieran que eran pescadores.

Y para acabarla de chingar, andan agarrando vicios. Y vicios caros. Dijera usted: un cigarro de mota, no hay bronca, ¡pero la coca, óigame, esas son palabras mayores! Esa chingadera les come el cerebro. Andan bien locos y según ellos no se nota.

Harán pendejos a otros pero a mí no. Y ahí los ve uno, compa, agachándose sorbiendo las credenciales de elector y limpiándose el polvo de la nariz. Y si uno les dice:

—¡Ustedes de a tiro ya ni la chingan! De por sí están jodidos y con esos vicios tan caros. Luego luego respin-

gan: «Siquiera este no es vicio corriente. Éntrale, no le saques. Así te vas a bajar la peda».

Porque hasta eso, los cabrones no se quedan con ella: que qué es eso de andar dando espectáculos en las calles todo borracho, que es preferible la coca que el alcohol, que hasta se le para a uno más sabroso. Vayan y chinguen mucho a su madre, pinchis mariguanos güevones. Buenos deberían ser para trabajar, no para pasársela todo el día plática y plática sentados en el muelle tirándole piedritas al agua o jugando dominó.

Y es cierto, uno también tiene sus vicios, pues cómo no: ni modo que se la viva nada más para trabajar. Bastante se soba uno el lomo como para que no nos demos nuestros lujos. Pero el gusto por la chamba se trae en la sangre. Y te acostumbras a darle todos los días.

Fíjese que el día que no salgo a pescar me siento mal. Me entumo. Como que no pasó el día. Cuando menos tengo que dar una vuelta por la bahía. No importa que no agarre gran cosa. Y usted anda por las mismas, compadre.

Es que no sabemos güevonear. Todavía no le agarramos el gusto. ¡Y qué bueno! porque si no andaríamos como los demás: sin qué hacer y nada más pensando chingaderas. Consiguiendo un conec-te para tirar coca—que se vende como pan caliente—, viendo a ver a quién chingan, empeñando el motor en una casa de

préstanos, o llevando mota en una panga chingona hasta Puerto Peñasco.

¿Me está oyendo? Apriéteme poquito la mano para saber que sí. Lo veo muy débil. Se lo dije varias veces. Yo se lo dije. Más nos valía tomarnos lo que estaba a la mano que morirnos de sed. ¿A poco cree que a mí me encantan los miados? Pero ni modo. Se acabó el agua y no me quedó de otra. La necesidad es cabrona. A todos nos da asco, nadie lo hace con gusto, pero el miedo es peor.

El primer sorbo es el más difícil. En cuanto se siente ese saborcito medio salado y el líquido tibio, tibio en la boca, dan ganas de escupirlo. Pero lo mejor es no pensar mucho en eso, distraerse en otra cosa: en la Pelancha, que está rebuena, en unas caguamas bien heladas, en lo que sea, y ¡zas! Darle el trago. Porque si le busca uno el sabor, nunca se lo va a poder tomar.

Aunque dicen que ya hasta los doctores lo recomiendan. Sí, no se vaya a reír. Los orines son medicina. El mundo esta con las patas p'arriba. ¡Quién lo diría! Pero a usted le valen madre los consejos médicos. Le dio asco tomarse sus orines, aunque fueran suyos, ¡no le iba a dar asco la sangre de caguama! Qué más quisiera yo que darle agua pura. Si hasta yo me estoy secando por un traguito.

Así que aprovecho para pedirle disculpas por querer dársela a fuerzas. No crea que quise abusar de su con-

dición, al contrario, lo vi tan débil por la falta de líquido que pensé que lo mejor era hacérsela tomar como sea. Pero ya ve, compa, usted es necio como la chingada. Y salió peor. No solo no tomó líquido, sino hasta vomitó los que traía en la panza. Me salió cola.

A mí me da más asco la sangre que los orines. De veras. Aunque la sangre ya la conocía, pero guisada. Mi mamá nos la guisaba con cebolla y chile. Ella le decía *rellena*. Pero para qué le cuento esto si eso lo sabe mejor usted que yo. Ya no sé ni lo que estoy hablando. A mí también se me vuela la cabeza.

Dirá que cómo chingo. Y tendrá razón. Pero insisto: falta poco para que den con nosotros. Tengo esa corazonada. Algo me dice que pronto esto se va a acabar.

He visto lucecitas a lo lejos. Nos estamos moviendo hacia la zona de tráfico. Más temprano que tarde vamos a entrar en ella y nos van a encontrar. Un camaronero o un particular, qué más da. O uno de la marina. A estas alturas hasta esos son buenos. Aunque me caen regordos los cabrones. Ya ve cómo son de abusivos. Nada más chingan al panguero. A los camaroneros ¿cuándo los tientan? Mientras se mochen.

No cierre los ojos, compa. Haga otro esfuerzo. Yo también le hago la lucha. Si no me para la lengua es para que no se duerma. Estoy cansado, no crea que tengo muchas ganas de estar platicando pero tengo que

hacerlo. Estar en los cinco sentidos. ¡Óigame!, ¡Óigame, compa! Compadre. ¡Compadre!

## Dos

¿Se fija cómo se ha puesto gris el cielo? Parece que va a llover. Ojalá. No va a caer la noche antes que ese aguacero. ¿Se imagina? Agua por montones, al fin. Y eso que estamos en marzo. No se le entiende al clima. De veras. Por ese lado, el mar es más tranquilo, no cambia de humor tan fácil. Ya ve, tenemos un mes y casi no nos hemos movido. Como que el mar nos respeta.

Ha de ser porque sabe que nosotros siempre lo hemos tratado bien. No abusamos de él. Y el mar sabe con quién trata. Nosotros no lo andamos empuercando, dejando las cabezas de camarón en la playa, matando tortugas sin ton ni son, ni ensuciando el agua como la Termo, que mata más peces que la chingada y nadie les dice nada. A veces, da lástima. Y luego no saben por qué se enoja. ¿No opina usted lo mismo? ¿Verdad que sí? ¡Mire, allá cayó un rayo!

Y es que las cosas ya no son como antes. Hace veinte años la gente era muy seria, muy trabajadora. Me acuerdo que uno se amanecía para ganarle al sol. Coger el camarón distraído, recién levantado. Para las once ya estabas de vuelta. Ahora muchos prefieren atenerse a

lo que les mandan del otro lado, o a hacerse pendejos paseando a la gente en el pinchi platanito. La quieren agarrar pelada. Como que las nuevas generaciones salieron más güevonas que las de antes.

Si el Beto no le tiene amor a la escuela, entonces que le entre a la faena. Pero seguido no quiere ni descabezar el camarón, ni tejer las tarrayas. Se le metió en la cabeza irse para el otro lado. Ha de creer que los dólares se cortan de los árboles. En parte, está mejor. Que sirva para algo. Ya tiene veinte años y aquí no tiene futuro. No estudia ni trabaja, así que mejor que haga camino. ¡Ya estuvo bueno que me vea la cara! ¡Sonora querida, tierra consentida de dicha y placer!... Sonora querida... tata-tarará. Cómo tengo ganas de ver a mi mamá. Hace rato que no me paro en Huatabampo y no tengo razón de ella. Ojalá y ya no la molesten las reumas. Siempre tuvo ese problema. ¡Pues cómo no, si no descansaba de planchar ajeno!

Desde que mi papá la dejó tuvo que trabajar el doble para mantenernos. ¡Pobrecita! Yo, una vez que la vi cómo se untaba árnica para quitarse el dolorzazo de las manos, le dije:

«Le juro, jefecita, que yo la voy a sacar de trabajar y le voy a poner casa». ¿Y qué cree? Nunca le cumplí. Pero estuvo bonita la promesa, independientemente de que no pude cumplírsela, porque reflejaba el amor de un hijo por su madre.

El único amor puro que existe. Porque el amor que le tiene uno a las demás mujeres no tiene comparación. Por más chingón que sea ese amor, se acaba. Y el de la madrecita, no. Ya está calando el airecito, ¿verdad? Pues le digo, uno quiere tanto a la mujer que termina casándose con ella. Pero con los años eso se acaba.

Ellas, sin querer echarles la culpa, lo espantan. Para qué le explico. Usted lo sabe mejor que yo. No tienen paciencia, andan de mal humor, solamente atienden a los hijos.

Y no se ofenda, compa, con lo que voy a decir: mis respetos para su vieja, pero ella es peor que la mía. Por ese lado, la llevo de ganar. Una vieja cabrona es peor que una mordida de tiburón. Y eso que la mía no hace malos quesos. ¡Amor-cito-cora-zón-yo tengo-tenta-ción-deun beso! ¡Amor-cito, cof, cof, cof... Se me está acabando la voz, compa.

¡Uta, madre! Ya no queda nada de sangre. Y esas pinchis nubes están muy lejos. Ojalá que Dios se acuerde de nosotros. ¿Usted quiere volver con su familia, no? Pues yo también. Aunque haiga tantas broncas. Al fin de cuentas es mi familia. Y no la voy a dejar abajo. ¿Estamos a lunes? No me gusta que pase el día sin saber exactamente qué día es.

¿Le digo una cosa, compa? Y se lo diré de hombre a hombre, como siempre nos hemos hablado. Entre usted y yo nunca ha habido mentiras. Por algo se ha con-

servado nuestra amistad. Si me cuenta algo, soy una tumba. Y sé que usted también.

¿Sabe por qué no dejo de hablar? Le voy a decir la neta: porque tengo miedo. Pero no un miedo común y corriente. ¡Ojalá! No, es un miedo que nace de los huesos. Un miedo que medio apendejo estando platique y platique con usted. Aunque no me conteste. No le hace. Yo, solo sabiendo que me está oyendo, me doy por satisfecho.

No me las doy de valiente. Nunca me ha gustado echar habladas. Y como no quiero que me lo eche en cara, aquí mismo le repito: lo que prometo lo cumplo. Y yo le prometí llevarlo de regreso a su casa, compa. Usted no pregunte cómo voy a hacerle. Eso déjemelo a mí. Para eso somos amigos.

Yo tengo mejores ojos. Puedo divisar los barcos a lo lejos. Hasta en la niebla. Y eso que estoy medio ciego. ¡El pinchi sol medio me chingó la vista! Y la verdad que ni sé cómo hablo pues tengo todo el hocico lleno de ampollas. Confíe en mí. Me voy a callar un rato. Para descansar. Y que usted también descanse.

Ya se hizo noche, otra vez. Fíjese, compa, que no me había fijado en algo. El mar del cielo es más grande que este. Y es más bonito con sus estrellas. ¿De dónde saldrán tantas? Está haciendo frío. Usted ni lo siente. Tiene el pellejo más duro que yo.

Yo no me acostumbro a estos cambios de clima. Traigo el pinchi saborcito de la sangre en la boca. No me gusta ni madre. ¡Qué grande y aburrido es el mar! Nunca me había dado cuenta. Mírelo. ¿A quién se le ocurrió hacerlo? No se quede callado. Dígame algo, no me deje como loco, hablando solo.

### TRES

No hay nada más bendito que el agua. El agua dulce, claro. Me moría por un vasito. Gracias. Ya estuvo bueno. Estoy empanzado. Tengo más de una semana tomando pura agua. ¡Y me sabe a gloria! Es que usted no tiene idea lo que es no tomarla durante casi un mes. Tanta agua alrededor y no poder tomar ni una gota siquiera. ¡Quiúbole! Aquí nomás... Nos las echamos, cómo no...

Nadie sabe hasta dónde puede llegar. Yo no imaginaba que tuviera tanta fuerza dentro. Había días en que me desesperaba tanto que no hacía otra cosa que comerme las uñas. Y a veces estaba tan desesperado que me comía la carne también. ¡Y ni me dolía!

Tenía los dedos todos despellejados pero era lo de menos. Cualquiera lo haría: ver puro mar desde que sale el sol hasta que recala, saca de quicio.

Pero por sobre todas las cosas, lo que me mantenía en pie era mi compadre. Verlo ahí, tendido, sufriendo, quemado por los rayos del sol y por la sal, me dolía.

Nunca una persona me había dado tanta lástima. De veras. Desde que no pudo tomarse sus orines. Desde entonces se vino abajo. Hubiera usted visto cómo se le hundieron los ojos, cómo se le pegaba la piel a los huesos, cómo se le apagó la voz. Y me lanzó una última mirada que trataba desesperadamente de agarrarse de algo, presintiendo que se moría de una vez por todas.

Disculpe que se me salgan las lágrimas, no es mi intención. Fue entonces cuando le dije:

—¡Chingue a mi madre, compa, pero yo lo voy a sacar de aquí! Para eso somos amigos, ¿no?

Oiga, ¿sabía usted que la carnita de los dedos no sabe tan mal?

(De *La balada del hombre muerto*, Ficticia, 2008)

## LA BALADA DEL HOMBRE MUERTO

### UNO

Primero pensó que era el silbido del viento, pero enseguida se dio cuenta de que alguien lo llamaba desde las sombras.

—¡Compadre... compadre! —escuchó sin identificar de inmediato al dueño de la voz. Se puso nervioso, así que se levantó llevándose la mano a la cintura.

El taquero lo miró extrañado. Pero al escuchar su nombre en dos ocasiones, Reynaldo sintió familiar la voz. Desde la oscuridad surgió la figura de su compadre Martín, que sonreía al saludarlo.

—¡Quihúbole, soy yo! Se me hizo tarde. Discúlpeme. Reynaldo recobró la calma al reconocerlo.

—No. Está bien —se volvió hacia su plato y continuó comiendo—. Me puse a cenar para hacer tiempo. ¿Gusta?

—Gracias, comí muy tarde. Llegúele, compa—. A prisa comió dos tacos más. Se limpió la boca y, disimuladamente, echó un vistazo alrededor.

Martín palpó su nerviosismo. Era el mismo que lo embargaba a él. Esperó a que pagara la cuenta y abandonaron la taquería. Le dio un último trago a la botella de refresco y se despidió con un débil «gracias» del taquero.

—Traigo el encargo que me hizo —le dijo Martín en voz baja.

—¿Sí? ¿Las traje todas?

—Sí. Estuvo medio cabrón conseguirlas pero aquí las tiene.

Caminaron a través de un parque solitario cubierto de hojarasca. Cada paso arrancaba un ruido quebradizo.

—¿Viene en la Ford?

—No, traigo un LTD que cambié por el tsurito la semana pasada.

Al recorrer aquel sitio, Reynaldo acarició con discreción el arma que llevaba fajada bajo la ropa. No podía confiarse. Mucho menos ahora que corría peligro.

—¡Ah, cómo está haciendo calor! Y eso que apenas estamos en mayo —se quejó Martín.

Reynaldo, que sudaba en exceso, solo le devolvió silencio. Martín caminaba unos pasos delante de él. En la orilla del parque, sobre la calle desierta, estaba estacionado el auto. Abrió la portezuela y se acomodó en el asiento del conductor.

Reynaldo, tomando precauciones, se asomó al interior y no vio a nadie. Entonces decidió entrar.

—Está buena la tapicería, ¿no?

—¿Y los fierros?

—En la guantera.

Reynaldo se encontró con un revólver, una escuadra 380 y varias cajas de proyectiles.

—¿Y la uzi?

—No se me olvidó nada, compa... abajo del asiento —la tomó entre sus manos y la contempló absorto.

—¡Consiguió todo!

—¡Lo prometido es deuda, compa!

Acarició las armas, excitado. Pensó que ahora podría defenderse mejor. Así no sería un blanco fácil. Una sonrisa le abrió la boca. Levantó el revólver para sentir su peso. Una sensación de poder lo embargó.

Aquella pistola donde jugueteaba su índice le brindaba seguridad, sosiego, hasta cierta distinción. Con ella en la mano cobró un valor que regularmente no tenía cuando portaba su .25 de siempre.

Martín vació un poco de cocaína sobre el dorso de su mano izquierda, hizo una línea y la aspiró con fuerza. Miró de reojo a su compadre y preguntó:

—¿Gusta, compa?

Negó con la cabeza.

—¿Cómo está mi ahijado? —preguntó sin mirar a Martín.

—Bien. Bien —repuso.

—Qué bueno. Cuídelo, compa, cuide a su familia.

En cada intervalo el silencio se hacía más tenso. Acarició la cache del revólver y continuó:

—Yo por eso ya tomé una decisión. Me voy a abrir a la sierra. Allá estoy en mi terreno. Quiero quitarles la bronca a ellos.

Martín, sin mirarle a los ojos, preguntó:

—¿Ya es un hecho, compa?

—Sí, no me queda de otra. Y le quiero pedir otro favor...

—Usted diga...

—Le encargo a la familia mientras la bronca se enfría. Usted sabe que nomás cuento con usted.

Reynaldo se hallaba ensimismado viendo las armas y planeando su huida. De repente sintió una presión desconocida en la sien, como si un objeto metálico se recargara contra su cabeza. En la ofuscación del momento trató de voltear hacia la ventanilla y miró de frente el cañón apuntándole a la cara al tiempo que escuchaba una voz aguardentosa y amable que se dirigía a él:

—¡Buenas noches, Reynaldo!

## Dos

No tuvo oportunidad de usar alguna de las armas. Además, hubiera sido inútil: ninguna tenía abastecido el

cargador. Miró a Martín esperando una reacción pero este evadió su mirada. Comprendió. Le quitaron el arma de la cintura.

—Salte. Vete para atrás. Y quietecito, cabrón.

Otro sujeto, flaco y rubio le abrió la puerta trasera. Lo empujó al interior. Acto seguido, se sentó a su lado.

—Estira las manos —le ordenó.

El Meño enredó cinta gris alrededor de sus muñecas, después hizo lo mismo con sus pantorrillas y le cubrió la boca con un pequeño trozo de cinta.

Martín pasó a ocupar el sitio del copiloto, vigilado por Juvenal, el jefe del comando. En el volante iba un tipo joven, con notables cicatrices de acné en la cara, a quien llamaban el Elote. Hizo arrancar el motor.

El auto empezó a desplazarse con normalidad por las calles. A lo lejos, el cielo se iluminaba bajo el estallido de relámpagos. Reynaldo estaba inquieto, sudando copiosamente. Sus ojos se abrían asustados.

—¡Tranquilo, tranquilo! Solo vamos a dar un paseo, mi buen —hablaba Juvenal, quien hizo un esfuerzo por arrancar una flema terca de su garganta y la escupió al asfalto.

Reynaldo notó que el miedo se apoderaba de su cuerpo y no lograba contenerlo. Le avergonzaba que estos sujetos se percataran de su cobardía. No quería darles ese gusto.

Supo que esos tipos no bromeaban, que venían a ajustar cuentas con él, pero ignoraba bajo qué términos. Sin embargo, le sorprendió el hecho de que su amigo lo hubiese traicionado. Otro automóvil los seguía a una distancia prudente. Era el vehículo de soporte que los auxiliaría en caso de que ocurriera algún contra-tiempo.

—Te pusiste con Sansón a las patadas —exclamó el Meño, hasta hace poco mandadero de Juvenal—. A ver si así se te quitan las ganas de andar haciendo bajas —y le hundió su escuadra en el costado izquierdo produciéndole dolor—. De esta no sales vivo —agregó amenazante.

Reynaldo supo que estaba en verdaderas dificultades. Esta detención no era solo para calentarlo. Quiso decir algo, pero las palabras se le quedaron atrapadas en la cinta gomosa que le tapaba la boca.

El Meño permanecía alerta a sus movimientos.

—Ponte cómodo porque el viaje va a estar largo —le dijo, tratando de hacerse el gracioso.

Este era un hombre de baja estatura y rollizo, padecía una calvicie prematura —misma que le había devorado todo el cabello de la parte frontal—, con las mejillas que se derramaban indolentes, flanqueando un bigote desaliñado y sucio que a la vez resguardaba una sonrisa boba. Martín lo miró y pensó que era absurdo morir a manos de un tipo tan patético.

—Pero todo se paga en la vida, cuantimás si son esta clase de deudas —asintió Juvenal.

—Yo por eso no dejo de darle su abono a los de Coppel —añadió el Meño. Rio solo. Las luces de los autos que venían por el carril contrario aparecían de vez en cuando.

—Vete por el camino cañero. Está más despejado —recomendó Juvenal.

Martín se refugiaba en su personal silencio como si al hacerlo se mantuviera ausente. Le incomodaba acompañar a estos tres sicarios que tenían la encomienda de ultimar a un hombre que era su amigo. Sabía que él había fungido como anzuelo para capturarlo. Se sentía miserable pero de ningún modo se encontraba arrepentido. No quería mirar, no podía mirar a Reynaldo a los ojos.

El jefe del grupo palpó la tensión que este padecía y trató de alargarle unas palabras de consuelo:

—Así es este negocio, Martín, no te apures. Si te animaste a ponerlo, siendo tan amigos como dicen que eran, ya estás listo para cosas grandes. ¡Te va a ir bien! —dijo y le palmeó el hombro.

Martín miraba los árboles corriendo presurosos por la ventanilla. Juvenal lo observó abstraído mirando el paisaje.

—Hay un chingo de árboles en la ciudad, ¿no?

—Sí, qué tanto hace que estaba pelona, gracias a los ciclones.

—De veras que en Sinaloa hasta verdean las piedras. Y eso que el calorón no nos deja en paz.

—Y que el sol se ensaña con cualquier plantita.

—Sí, hay que estar agradecidos de haber nacido aquí, donde la tierra se porta tan bien. ¿Cuántos no envidian tener lo que tenemos aquí? Tierras, ríos, mar, viejas ¡Y Pacífico, cabrones!

—Ni las menciones que luego luego se me antojan. Imagínate un balde repleto de cuartitos en medio de un chingo de hielo picadito ¡Qué andas haciendo, güey!

—Pues a mí se me hace que este clima no tiene explicación. Si hay tantos árboles como dicen, entonces ¿no se supone que debería refrescar más?

—Es cierto. Luego no se la acaba uno, güey, porque andas sude y sude. Si se te ocurre andar en la calle, olvídate que traigas la camisa seca. Y el pinchi sudor es muy pegajoso. Anda uno bien incómodo.

—Y lo peor de todo es que ni en la noche el calor amaina. Si no estás en el aire acondicionado ya valiste madre.

La pesadumbre se apropiaba de Martín. Oía las opiniones de los pistoleros con indolencia y desdén. En su rostro inexpresivo caía la noche.

—Ahora imagínate que tienes una fiesta o te sale una buena vieja y debes andar en la línea. Te desesperras del pinchi calorón, no duras limpio.

—Por eso digo, ¡qué chinga es vivir aquí! Nunca se refresca el aire. Parece que toda la región es un baño de vapor.

—Ahora, qué decir del mediodía, cuando el sol está en su mero apogeo.

—N'ombre, por eso digo que estamos parados sobre un puto comal. ¡Te coces vivo aquí, güey! ¡De veras que es una chinga vivir en Sinaloa!

—La neta que sí. Aquí hasta las iguanas se achicharran.

—¡Pues que chingue a su madre Sinaloa, me cae! Porque yo, en cuanto pueda, me voy a Guanatos. Allá sí se puede vivir decentemente.

—¿Traen un cigarro? —preguntó Martín saliendo de su definitivo silencio. Juvenal lo miró, le alargó la cajetilla y dijo:

—¡Ya ni la chingas! Estamos platicando del calor y tú parece que lo estás invocando.

—A mí, en lugar de fumar, lo que se me antoja es echarme unas chelas —apuntó el Elote.

—Orita nos las echamos. Nomás cumplimos con el encargo. ¿Qué horas son?

—Las nueve.

—¿Por qué no le pisas, Elote? ¡Vas a pura vuelta de rueda! —miró el Elote los ojos de Juvenal, buscando una señal de aprobación.

—Apúrate, ¿sí?, porque a las diez van a repetir el partido del América.

—¿Te gusta el fútbol, güey?

—¡Pero cómo no! Si hasta la botana tengo lista.

—Tú no eres sinaloense, cabrón, si no te gustara más el beis.

—Sinaloense y de los buenos. Me encanta la banda, los corridos y el chilorio.

—Sobre todo el chilorio.

—¡Chinga tu madre!

Suenan las carcajadas. Reynaldo está impasible. El miedo hace que tiemblen sus rodillas. Quisiera gritar.

—¿Entonces qué? ¿Se apuntan para ver el partido?

En ese momento, el auto brincó y todos se golpearon la cabeza contra el techo. El Meño perdió el control del arma sobre el costado del rehén, pero pronto lo recuperó.

—¡Épale, si no llevas vacas! ¿Qué no sabes manejar?

—Creo que hasta me hice un chichón.

—Ya cállense. ¡Tú, Elote! Maneja bien. No es la primera vez que haces esto. Ya deberías estar acostumbrado —advirtió Juvenal.

—Disculpe, mi Juve, es que no vi el bache. Pero se lo juro que no volverá a pasar.

—¡Pues fíjate, no seas pendejo!

—Oye, este güey viene empapado. Ha de ser porque se lo están comiendo los nervios. Y a mí que me cae de a madre andar sudado tengo que aguantarlo —se quejó el Meño, alejándose un poco del detenido.

Juvenal lo observó.

—Elote, oríllate... ¡Que te orilles!

—Como usted diga, don Juve.

Una mueca de ira apareció en el rostro de Juvenal. Levantó la voz:

—Ya está bueno, hijos de la chingada. No andan de fiesta. Venimos a trabajar. Y ustedes saben que es un trabajo importante. Don Feliciano está pendiente. No lo ven pero sus ojos están aquí. Ya lo sabían. ¿O se hacen pendejos? ¿Acaso parece que andamos dando la vuelta? Venimos a despachar a este, así que le damos piso y cada quien a chingar a su madre a su casa. ¿Entendido?

—¡Sí!

—Claro.

—Lo que usted diga, don Juve.

Reynaldo respiró hondo. El sudor le humedeció la cara. El Meño lo miró, le sonrió y a la vez le dio un apretón en la mejilla:

—No te desesperes. Ya mero llegamos.

## TRES

—Oiga, jefe, ¿por qué no hacemos un último intento con este cabrón? Con unos buenos chingadazos lo aflojamos y va a ver que enseguida se le va a soltar la lengua —recomendó el Meño, en el afán de quedar bien con Juvenal.

—¿Ah, el bonito se la da de duro? Porque a mí son los que me gustan. Nomás para ver cómo se le arrugan los güevos a la hora de la hora —apuntó el Elote—. Si vieran cómo traigo ganas de madrear a un cabrón. Ya hasta se me están poniendo los nudillos de señorita —agregó.

—Pues es cosa de que don Juve mande, y sus deseos son órdenes —se apresuró a decir el Meño.

Juvenal los escuchaba. Carraspeó y escupió un gargajo sangrante hacia fuera. Lo satisfacía observar cómo se disputaban el derecho a complacerlo. Sabía que estaban bajo control. Miró a Reynaldo a los ojos. Descubrió que el miedo los impregnaba.

—¿Cómo la ves, mi buen? Te quieren hacer machaca estos cabrones —sacó un cigarro y, rápidamente, el Meño le alargó la flama de su encendedor. Juvenal echó el humo sobre su rostro porcino—. ¿Los dejo? —preguntó, soltando cada palabra con placer—. No estaría mal darte una última checadita para ver si sueltas la sopa, ¿verdad?

—Usted nomás diga, don Juve, y lo sacamos a terreno —intervino, entusiasta, el Elote—. Para mí que este tiene el clavo bien escondido y nos hace creer que ya se gastó la feria. ¿Quiere que me abra a la casa de Las Palmas, don Juve?

Juvenal aspiró una larga bocanada de aire. Tomó una prolongada pausa de las que suelen tomarse aquellos que tienen el poder, y exclamó categórico:

—¡No! Síganle derecho, hasta las bodegas viejas del ferrocarril. Este ya está sentenciado y no hay nada que hacer. Órdenes son órdenes y punto.

Los tres se quedaron mirando a Reynaldo, quien se tranquilizó al enterarse de que no lo iban a torturar. Sus músculos se relajaron un poco. Se recargó en el respaldo del asiento de vinil.

—Estás tieso como un pinchi palo. Ya, tranquilo, tranquilo. No vamos a hacerte nada. Nomás vamos a matarte —dijo el Meño y soltó una carcajada contagiosa.

—Pinchi Meño, no te aguantas —opinó Juvenal—. ¡Es tu día de suerte, cabrón! Te felicito, te vas a morir limpio, sin un chingadazo —repuso el Meño de nuevo.

La ciudad quedó atrás. No encontraron más autos por el carril contrario el resto del trayecto. Juvenal echó humo en los ojos de Reynaldo.

—¿Qué, quieres echarte uno? —y ordenó—: quítale la cinta... dale un cigarro—. Con las muñecas atadas,

Reynaldo sostuvo el cigarro mientras le daba profundas bocanadas.

Trataba de saborear el tabaco el mayor tiempo posible. Después exhalaba el humo hacia el techo del automóvil y observaba cómo se iba disipando hasta desaparecer.

El silencio se instaló como una presencia perturbadora, amenazante. El Meño se puso nervioso, no soportaba aquel silencio excesivo. Avanzaron un kilómetro así. Reynaldo fumaba. Solamente fumaba.

—Tú sabías que no estabas tratando con cualquier pendejo —le explicó Juvenal—. Y en este negocio los tratos son muy delicados, así que el que la hace la paga. ¿Entiendes, verdad?

Reynaldo no respondió. Tenía la mirada fija en la nada. Continuó fumando. El Meño le dio un golpe en la cabeza con la palma de la mano y le recriminó:

—¡Contesta! ¿No ves que te están hablando?

—¡Chinga tu madre, pendejo! —alzó el Meño su pistola con cache de latón y nácar y se la puso en la sien, violentamente.

—¡Aguanta, Meño, aguanta! Aquí no vas a hacer un pinchi cochinerero —dijo el Elote sin descuidar el volante.

Martín volteó y amenazó al Meño:

—No te pases, pendejo. Te aprovechas, de veras —y le lanzó una mirada rencorosa.

—Bájala. Bájala, Meño. Ya mero llegamos —le advirtió Juvenal.

Reynaldo miró a Martín buscando una señal de complicidad en su mirada. De repente, abrigó una chispa de esperanza.

—Ahora resulta que te vas a poner a defenderlo ¡Faltaba más! ¡Ya te estás rajando, cabrón! —gritó el Meño.

Juvenal miró a Martín. Revisó sus gestos y palabras. Martín, inquieto, le devolvió la mirada y dijo:

—Vienen a matarlo, no a estarlo jodiendo, ¿no?

—¿Vienen? ¡Venimos! Óigalo, don Juve, quítele la pistola. A los sierreños no hay que tenerles confianza.

El ambiente se tensó. Los tres sicarios miraron a Martín. Juvenal escarbó en su mirada. Una ola de escalofrío recorrió la espalda de Martín al sentirse observado.

El auto bajó la velocidad y saltó del pavimento a la terracería. Todos sintieron el cambio de superficie. Inició un camino fangoso, escoltado por interminables filas de árboles que crecían a la orilla de un canal. Juvenal habló:

—No, Martín no es tonto. Sabe lo que está haciendo, ¿verdad, Martín?

Asintió con la cabeza. Sabía que su compadre sería ultimado dentro de algunos minutos. Pensó en la familia que lo iba a perder, en su buen humor, en su lealtad.

Pero quiso que todos los pensamientos lo abandonaran y su cráneo quedara hueco, despojado de emociones, sentimientos y recuerdos. Miró el cristal que empezó a cubrirse de diminutas gotas de lluvia.

—Pues ahorita les vas a tapar a todos el hocico. Vas a ver —apuntó Juvenal mientras el auto apagaba las luces y se internaba en la bocaza oscura de la noche que se confundía con la profundidad del camino.

#### CUATRO

—Ahí párate, a un lado de ese mezquite —dijo Juvenal.

El auto se acercó al árbol y enseguida el motor se apagó. El Elote fue el primero en bajar. Presuroso, intentó abrirle la puerta a Juvenal, pero este ya había jalado la manija. El Meño sacó una navaja y cortó la cinta de las piernas a Reynaldo. Salieron. Apuntándole al rostro, lo hizo caminar hacia el mezquite que se hallaba a quince metros de distancia. El Elote también desenfundó su escuadra, manteniéndose alerta. Juvenal le pidió que esperara.

El otro auto aguardaba a trescientos metros para protegerlos. Eran las nueve treinta, aproximadamente. El aire estaba humedecido por la llovizna. El calor perdía fuerza. Martín permanecía casi inmóvil, esperando

indicaciones de su jefe. No podía disimular su malestar, estos gusanos voraces que le corroían las entrañas. El peso agobiante de la culpa.

Reynaldo caminó lentamente, resistiendo los leves empujones del pistolero. Era curioso pero ya no tenía miedo. Sus rodillas no temblaban, eran capaces de soportar el propio peso de su cuerpo.

El callado cascabeleo de su dentadura desapareció. La certeza fatal de que iba a morir le dio una extraña serenidad. Era mejor no hacerse ilusiones. Se hallaba solo. Un traidor no comete el mismo error dos veces.

De repente, una canción rasgó el aire, acompañada por acordes de guitarra y acordeón.

—¡Apaga eso, pendejo! —se escuchó el grito de Juvenal. La música se esfumó.

—Este güey parece que está en su primer jale —puntualizó el Meño.

Las botas se hundían en la tierra húmeda que cada vez cobraba una consistencia más fangosa. Reynaldo iba más adelante, impulsado por el arma del Meño. Martín caminaba un poco atrás de ellos. Llevaba los brazos sueltos y las manos libres. Juvenal le vigilaba, portaba una Taurus nueve milímetros abastecida con tiros suficientes.

El Meño volteó hacia él y exclamó:

—¡Usted dice dónde, jefe!

Habían llegado a una hondonada que en algún tiempo condujo a un arroyo hoy seco.

—Está bien. Ahí párate.

A lo lejos se distinguían las luces de la ciudad. Alcanzó a ver la luz roja de las antenas que se erigen sobre el Cerro de La Memoria.

Hicieron un medio círculo alrededor de él. El Meño miraba con insistencia el reloj que llevaba en la mano izquierda. Juvenal contempló cómo la pesadumbre abatía el rostro de Reynaldo. Lo inquietó su callada mansedumbre, su lúcida resignación. Entonces le hizo una pregunta final:

—Reynaldo, ¡ey, Reynaldo! ¿Se te ofrece algo antes de irte?

A este le cruzó vertiginosamente una idea: le molestaba que lo llamaran Reynaldo para morir. Siempre le había avergonzado ese nombre femenino, amanerado. Pero rápido se esfumó esta idea y volvió en sí. Buscó la mirada de Juvenal y pidió:

—No me disparen en la cabeza. Quiero que mis hijos me reconozcan. Por favor.

Juvenal respiró hondo. Un sombrero de palmilla impedía que el agua tocara su rostro.

—Lo siento, pero yo no mando en esto. Tú sabes bien que esta es la firma —respondió lacónico.

Reynaldo no lo pedía solamente por razones familiares. En realidad, tenía pánico al disparo en la cabeza.

Temía que le doliera demasiado. Pensaba que si le disparaban en el cuerpo todo sería más fácil.

Le pareció demasiado absurdo todo esto que pensaba. Sabía que ya era un hombre muerto. Un muerto que se comportaba como un cobarde.

En ese cúmulo de pensamientos hacinados se le ocurrió exigirles que no lo vendaran, que deseaba mantener los ojos abiertos para contemplar su propia ejecución. Comportarse como un héroe y enorgullecer a su descendencia cuando se filtrara hasta ellos esta anécdota final. Sin embargo, no se atrevió a decirlo y ninguno de los sicarios estimó conveniente taparle los ojos.

—Yo me lo echo. Si me da permiso —se apresuró a decir el Meño.

Juvenal lo vio con desaprobación. Apretó su arma y le pidió a Martín que sacara la suya. Un relámpago iluminó el lugar y los cegó momentáneamente.

—Es tuyo, Martín. Mátalo —le exigió Juvenal.

Había pronunciado la palabra «mátalo» para que no quedara la menor duda de su deseo. El Meño empujó por los hombros a Reynaldo e hizo que se hincara sobre el suelo lodoso. La lluvia se había desatado.

Reynaldo cayó sobre sus rodillas y apenas pudo mantener el equilibrio evitando irse de bruces, pues llevaba las manos atadas por la cinta. Enseguida quiso

despojarlo del reloj de oro que lucía en la muñeca pero las palabras de Juvenal lo detuvieron:

—¿Qué pasó, Meño? Somos matones, no rateros.

Martín debía cumplir con el mandato. No era posible dar un paso atrás. No quería ni imaginarse qué le ocurriría si don Feliciano se sintiera desobedecido. Era su pellejo o el pellejo de su amigo.

Quiso poner la mente en blanco, pensar en nada. Levantar la pistola contra su cabeza y dispararle en el cráneo. Ignorar que al final del cañón estaba un conocido, un nombre, algo vivo.

Pero en su mente sus pensamientos se agitaban libres, sin ser sujetados por su voluntad. Y aparecía la imagen de su hijo enfermo, sonriendo, el abrazo efusivo que su padre le da a Reynaldo, la silla de ruedas que le regaló a su madre. Y quería deshacerse de esos pensamientos e imágenes necias que se agolpaban cuando escuchó la voz del jefe del grupo:

—¿Entonces qué, Martín, acaso no eres un profesional?

¿Profesional? Si los nervios lo consumían y apenas lo podía disimular. No, claro que no lo era. Lo sabía porque el remordimiento lo asaltaba y sabía que difícilmente lo iba a abandonar. Parpadeó. Colocó el cañón de su pistola cerca de la nuca de Reynaldo. Juvenal vigilaba a pocos metros de distancia. El Meño sonreía con crueldad. Martín lo miró. Inmediatamente sintió el im-

pulso de dispararle a la cara y acabar de una buena vez con esa sonrisa estúpida, enfermiza, degenerada.

El agua y el sudor se confundían en su rostro endurecido, inexpresivo. Pero estaba consiente de que si mataba a su compadre no molestarían a su familia, los dejarían hacer su vida y él tendría un futuro promisorio. En su ser luchaban estas dos fuerzas antagónicas disputándose su afligida alma. Un viento fresco les tocó el rostro.

La luna se asomaba, femenina, tras un manto de nubes grises, insinuando su belleza. Todos tenían la ropa empapada. La noche se había embellecido bajo aquella lluvia que de pronto se detuvo y aparecieron en el cielo una multitud de estrellas recién lavadas.

Reynaldo pensó que la gratitud era su última oportunidad de redención mientras miraba la tierra oscura y blanda que pronto lo acogería. Un trueno tardío estalló demasiado cerca y los relámpagos se alejaron persiguiendo la tormenta. Del mezquite brotaron algunos pájaros negros que los ojos de Reynaldo miraron impasibles, porque su mirada entonces ya estaba vacía, despojada de sentido, muerta.

(De *La balada del hombre muerto*, Ficticia, 2008)



## ÍNDICE

¿De dónde saldrán tantas estrellas? ..... 7

La balada del hombre muerto ..... 19

C U E N T O S

